



Rodolfo Pulgar como Salvador Allende en **Época '70: Allende**, creación colectiva del Gran Circo Teatro. Dirección: Andrés Pérez, 1990.

Actuar es jugar... Como los niños. Jugar a *ser alguien*, dándole vida a un personaje imaginario, lleno de sentimientos, acciones, objetivos, conflictos, dudas.

Que si no fuera por el actor – que lo maneja – no existiría. O quizá, sólo se quedaría en lo imaginario, en lo intangible.

Para crear este personaje, hay que utilizar nuestro cuerpo-instrumento, como el pequeño alienígena en la cabeza del terrícola en *Hombres de negro*, la película...

Pero es un juego solitario.

Es cierto que se interactúa con otros, que con los compañeros podemos ir guiando el juego de acuerdo a nuestros objetivos; pero más cierto es que la propuesta, la creación, el proceso, es individual. Interior. Nace de uno. Y se hace solito, nos guste o no.

Salvo que el director haya sido Andrés Pérez Araya...

El lograba meterse dentro del actor, como co-piloto cómplice, y acom-

Maestro de solitarios

Rodolfo Pulgar

Actor

pañarlo en este viaje lúdico y desconocido (pues nunca se sabe hasta dónde llegaremos).

No sé cómo él se metía en mis rincones más íntimos, descubriendo cosas que ni yo mismo sabía que existían ni que las tenía, hurgando en mis emociones, mis sensaciones, mis ideas, mis movimientos...

El estaba fuera, claro, y podía ver lo que yo no podía. Como un joven padre enseñándole a su hijo a andar en bicicleta: manteniéndose a una distancia prudente, atento a que no se caiga, dándole las indicaciones en el mismo momento en que el niño trata desesperadamente de mantener el equilibrio, de hacer los movimientos con los pies, de mantener la concentración y de gozar al mismo tiempo con la sensación de libertad y velocidad que da el movimiento.

Andrés siempre dirigía en el momento. No esperaba terminar el ensayo para dar los comentarios. Era un intruso en mi mente, llenándome de posibilidades que, hasta ese momento, yo no veía. El camino se iba haciendo expedito, fácil, lógico y coherente. Evidente.

La propuesta se planteaba en la búsqueda de *la evidencia*, y en el juego. La dirección de Andrés también. Los espacios estaban para ser llenados. Y no sólo por los actores, sino por todos.

¡Allá viene!, decía, en la mitad de una escena que trataba de alguien que llegaría. Y yo veía que venía. Y era una puerta que se abría y de adentro salían mil y una aventuras nuevas pidiendo ser agarradas... Y se manifestaban – más allá de sus pro-



Rodolfo Pulgar, Andrés Pérez y Aldo Parodi celebran en la gira europea de la compañía Gran Circo Teatro, 1991.

pías intenciones— las evidencias y la fiesta, y la alegría, y el teatro, y Chile, y el mago Merlín con la Violeta, los colores y los carnavales...

El goce total.

Y Andrés lo hacía con prudencia.

Y lo hacía con amor. Y por amor.

Y era preciso.

¿Sus herramientas? Las emociones.

El juego. La máscara. El gesto y la palabra precisa en el momento adecuado.

Su dedo hurgando dentro de nosotros.

Y en el rito mágico del teatro, *la evidencia* surgía sola, guiada por An-

drés, el médium. El machi. El unificador. Y el actor, desprovisto de toda idea preconcebida, también era sorprendido por esta verdad de fantasía... El descubrimiento era mutuo. Y surgía de adentro hacia afuera. De adentro, por eso era tan verdadero. Tan emotivo. Tan comprometido.

No sé si me he sabido explicar. La escritura no es mi fuerte.

Además, por otro lado, ¿cómo explicar lo inexplicable...?

La magia no se cuestiona. El tea-

tro tampoco...

Es sólo teatro —decía él— *pero todo el teatro...*

No sé si Andrés ha sido el mejor director que ha tenido este país, pero sé que hizo de mí un mejor actor y un mejor hombre de teatro. De eso no me cabe la menor duda.

Tampoco sé si el teatro chileno se divide en antes y después de *La Negra Ester*, como dicen tantos...

Pero sí sé que se divide en antes y después de Andrés Pérez Araya. ●

Algunos comentarios de mi trabajo con Andrés Pérez

Mabel Guzmán

Actriz

El año 1977, alumnos de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile requerían una actriz o alumna a punto de egresar de la Escuela de Artes de la Comunicación de la Universidad Católica para que se incorporara a la obra musical con la que habían egresado ese año, porque algunos integrantes del curso no deseaban participar del proyecto. Fue así como me sumé al grupo Tierra, como lo llamamos, para montar *Caín y Abel*, obra musical italiana que narra la evolución despiadada del hombre, desde el asesinato de Abel hasta la Segunda Guerra Mundial. Yo interpretaría a Ana Frank.

El grupo era dirigido por Juan Víctor Muñoz y, dentro del elenco, estaban James Philips, Sergio Shmiedt,

Gloria Ramírez, Rodrigo Álvarez, Javier Rodríguez, Rodolfo Pulgar, Claudio Valenzuela y un gran número de alumnos de teatro y danza. Teníamos música en vivo, con orquesta y coro, dirigida por Eduardo Campos y, por supuesto, requeríamos de coreografías que acompañaran el desarrollo de la acción en cada cuadro. Para realizar este delicado trabajo, se llamó a un joven, estudiante aún de teatro y danza, que tenía experiencia como coreógrafo en Revistas del Bim Bam Bum: este era Andrés Pérez Araya. Fue mi primer encuentro profesional con este hombre talentoso, sensible, humilde y trabajador hasta el cansancio.

Luego de aquella experiencia, vi sus trabajos como actor y dramaturgo y no fue sino hasta 1988 que vol-

vi a encontrarme con él, cuando, a su regreso de Francia, ofreció sus talleres de máscaras, como llamaba a su técnica de trabajo. Paralelamente, montaba *La Negra Ester*, montaje del que sólo supe algún comentario trivial en ese momento.

En este taller, conocí el Kathakali de la India y el trabajo de Andrés como director y maestro de actuación. Era fascinante su capacidad para conducir al actor, en forma intuitiva, a mundos, historias, emociones, sin que uno se diera cuenta y de pronto —esto era lo más lindo— una se sorprendía de lo que se lograba. No había que soltar el texto de las manos, cuando lo había, es decir, no era necesario luchar por recordar, sólo debía entregarse a los estímulos. Andrés estaba todo el tiempo dando in-